

Año IV. Barcelona 15 de Noviembre de 1890. Núm. 179.

# LA Semana Cómica

LIT. MIRALLES. UNION 17.

DIRECTOR: J. FERNÁNDEZ DE LA REGUERA

NUESTROS ACTORES, POR ESCALER

Periódico literario, ilustrado

Administración: Vertrallans, 3, 1.º

Horas de despacho: de 2 á 4 tarde

Precios de suscripción

Barcelona. . . . 1'50 ptas. trimestre

Provincias. . . . 5 " semestre

Números atrasados: 1 real.



GABRIEL SANCHEZ CASTILLA

Ayuntamiento de Madrid





El que quiera saber, que vaya á Salamanca.

Y el que quiere enseñar que venga á Barcelona, porque aquí pagamos religiosamente á los maestros, y no en las demás provincias españolas, en donde la deuda á los profesores de instrucción primaria va teniendo honores de Consolidado ó dígase «Deuda perpetua.»

Aun dirán por ahí que los catalanes tienen demasiado apego á su lengua regional. Cuando esta es la única provincia en donde se paga á los que enseñan á hablar el castellano.

Tan noble y digna parece al Gobierno nuestra conducta, que, para ejemplo de Ayuntamientos morosos, vá á hacerse pública oficialmente tan fausta nueva en cuanto la *Gaceta* termine la publicación de la correspondencia amorosa cruzada entre Peral y la Junta técnica.

Y hasta se dice que al Gobernador de la provincia va á conferírsele el título de *Angel de las escuelas* que hasta la fecha sólo ha llevado Santo Tomás de Aquino.

Barcelona es, en esto como en otras cosas, la primera ciudad de España.

Esta es la ciudad de los verdaderos Condes.

Si es cierto que el conde que paga es el verdadero conde, según dicen en la comedia de magia.

Aprendan de nosotros esos municipios á quienes les han protestado las «primeras letras.»

Mírense en este espejo los alcaldes que reciben al maestro á ladrillazos (que es como pagarles á toca-teja).

Imiten nuestra conducta esos regidores á quienes no parece sino que se trata de llevarles á la escuela, por el horror que tienen al maestro.

Las atenciones de instrucción primaria no llaman la atención de nadie.

La guerra del Maestrazgo continúa como en la primera guerra civil.

Y es preciso que esto termine y que acabe también la burla de hacer del *Maestrescuela* una dignidad de los cabildos.

¡Canongía ser Maestrescuela!

Quizás lo sea, pero con joroba, al estilo de muchas catedrales.

Por mucho que se diga, nunca llegará á

exagerarse la precaria situación de los maestros.

—Oiga V.—le dice uno al alcalde del pueblo:—¿cuándo van ustedes á pagarme lo que me deben?

—Hombre, déjeme usted en paz.

—Pero si es un piquito insignificante...

—Que no puede ser: ¡coja V. un azadón!

—Yo prefiero el *pico*, señor alcalde.

Para nadie pasan en balde los meses, mas para los maestros si: pasan en balde y de balde que es mucho peor.

Un propietario se encontró en el pueblo de sus posesiones á un antiguo condiscípulo que se estaba allí de profesor de instrucción primaria.

—Chico—le dijo—¿qué joven estás!

—No estoy mal, á pesar de los pesares.

—Parece que te han quitado de encima una porción de años.

—Pues hasta ahora no me han quitado más que unas cuantas mensualidades; pero todo se andará.

Ríanse ustedes de ese mandato gubernativo que prohíbe las fiestas de toros en los pueblos que adeuden cantidades á los maestros.

Ni estos cobran ni las corridas dejan de celebrarse.

Verdad es que de esto, más que el Municipio, pueden tener la culpa los mismos chicos de la escuela.

Ellos son los primeros en *hacer novillos*. Y ¿qué han de hacer sino correrlos en la plaza?

¡Ay del profesor que se atreve á exigir al Municipio lo que de justicia le corresponde!

—Pero Vd.—le dicen—¿ha venido al pueblo á cobrar el barato?

—Así parece, si señor; he venido á cobrar más barato que nadie.

Los avisos humanitarios del Gobernador son—como dice la Escritura—*vox clamantis in deserto*.

O, como decía una de las víctimas:

—El gobernador se nos ha amoscado, pero el alcalde no quiere soltar la mosca. Con que ¡átame V. esa mosca por el rabo!

Si fuera verdad eso de que los niños vienen al mundo con un pan debajo del brazo ¡créanme ustedes! los maestros de escuela se echarían todos á comadronas.

—Mire V. señor alcalde, que yo no tengo donde caerme muerto.

—Pues hijo, muérase V. de pié.

—Cuando Dios me llame á juicio...

—No tenga V. cuidado: le diremos á V. misas.

—¿Para qué?

—Para pagarle á V... religiosamente.

En un pueblo ofrecieron al maestro de escuela pagarle de una vez todas las mensualidades que le adeudaban, y al infeliz acreedor, loco de alegría, le faltó tiempo para divulgar la nueva entre los vecinos.



Al día siguiente le llamaron al Juzgado.  
—Se le acusa á V.—le dijo el juez—de haber proferido amenazas contra el Alcalde.  
—¡Todo lo contrario, señor juez...  
—¡Déjeme V. hablar! Usted ha dicho que el alcalde ¡se las iba á pagar todas juntas!

\*\*

Meditemos.

Entre las manifestaciones de entusiasmo tributadas en Zaragoza y Barcelona al jefe del partido liberal, descuella, por lo estrámbótica y extraña, la de sustituir con fuerzas humanas la potencia animal empleada en el arrastre de la carretela sagastina.

Tal suceso tenía explicación en Zaragoza, porque aquel hermoso pueblo, muy poco amigo de palabras, manifiesta siempre su admiración y su cariño por actos que, sin servir de nada al obsequiado, suponen en el que obsequia un sacrificio personal ó un desarrollo grande de fuerzas.

Así, entre otros casos, se cita el de un baturro que, no sabiendo que decirle á su novia, le preguntó de pronto:

—¿Quieres que *entrecave* el patio?

Y acto seguido empezó á dar golpes de azada sobre las piedras del zaguán, dispuesto á dejarlo más suelto y esponjoso que una tierra de labor.

Pero también en Barcelona hemos «jugado á los caballitos»—que dicen en el casino de San Sebastian—y esto ya pasa de castaño oscuro, de bayo, de canelo y de tordillo.

¿No les parece á los entusiastas que es harto peligroso tirar de un coche cuando, al fin y al cabo, quien hoy lleva las riendas es Cánovas?

Además, que si el pueblo dá en ese prurito, cuando el Sr. Sagasta llegue á Logroño, van á salir enjaezados sus admiradores.

Y cuando parta para Andalucía, van á querer tirar del ferrocarril.

—¿Qué le parece á usted de este viaje?—le decían á un conservador.

Y respondió el hombre:

—¡Muy oportuno! Como que lleva *aparejada* una ovación.

Que el pueblo se ha elevado no cabe dudar.

Porque más vale hacer de caballo que encontrarse «á los piés de los caballos» como acostumbra á estar.

Mas también creo que no debe pasar más adelante este novísimo *sport*.

El cuadro que presentó Zaragoza y que ha presentado Barcelona no ha podido ser más hermoso.

Un verdadero «cuadro de las lanzas»... de coche.

Pero ¡Dios calme los ímpetus de riojanos y andaluces!

Permita el cielo que al preguntarles como están, no puedan responder, como aragoneses y catalanes:

—¡Vamos tirando!

LUIS ROYO VILLANOVA.

## LA PRIMERA MUJER

Pero Adán se aburría,  
por falta—¡claro está!—de compañía;  
y á Dios, sin duda pareció muy justo  
en premio á su bondad darle ese gusto,  
pues cuando Adán se lo rogó atrevido,  
—«¡Duerme!» le dijo, le dejó dormido;  
y Dios, cesando de mirar al suelo,  
hizo una seña al cielo,  
y al mundo entonces en alegre coro  
dirijieron los ángeles el vuelo  
empuñando sus cítaras de oro.

Marcharon sobre Adán aletargado;

la célebre costilla con cuidado  
le arrancaron algunos serafines  
y formaron un sér tan delicado,  
al fin, como formado  
por manos nada más de querubines!

¡La angélica tarea concluía,  
y Dios les contemplaba y sonreía!...

Eva surgió con desnudez de diosa;  
al instante, risueña y ruborosa,  
se fué á mirar en el cristal de un río,  
y dijo satisfecha:—¡Soy hermosa!...  
y, volviéndose á Dios:—¡Gracias, Dios mío!—

RICARDO J. CATARINEU.

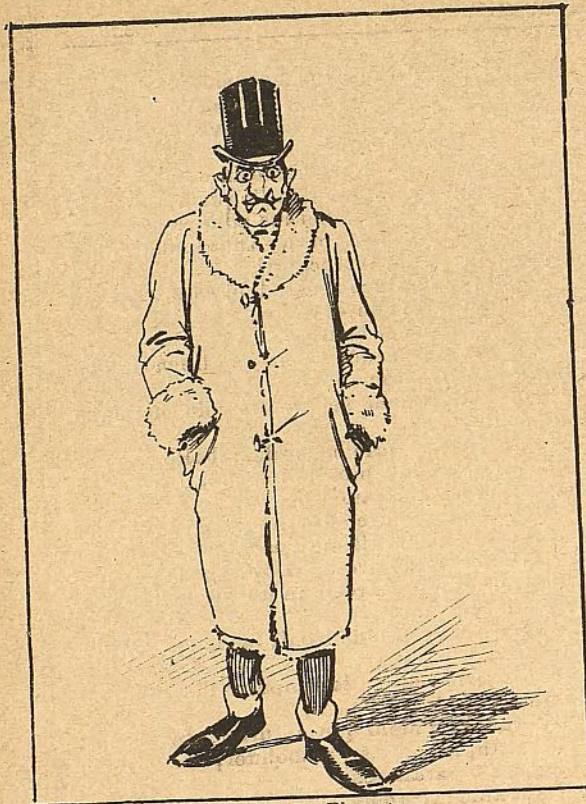
## LA CARRERA DE ABOGADO

Puede darse por probado,  
si la apariencia no engaña,  
que no hay carrera en España

mejor que la de abogado.  
Lo digo porque en el día,  
como se pueda observar,

cuantos se dan á estudiar  
estudian la abogacía.  
Por qué con tantos afectos





El marques del Pimentero,  
un cumplido caballero;



su esposa (muy virtuosa)



D. Braulio, el guaricionero,



y su simpática esposa.



DE LA VIDA, POR CILLA

Pues ahora va usté á saber  
á quien dan en proteger  
y á quien pagan casa y mesa,



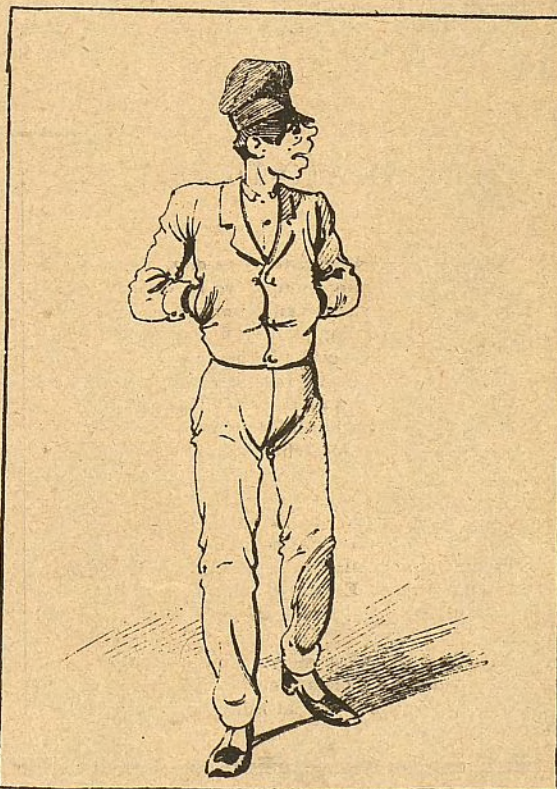
el marqués



y la marquesa



y Don Braulio



y su mujer



cuenta ésta, siempre ignoré; mas las causas deben de producir buenos efectos, y fundo yo esta creencia en la importancia, evidente é innegable, que actualmente se da á la Jurisprudencia.

Vemos que sus ideales, su ilusión más seductora, cifran los chicos de ahora en ir á los Tribunales, para disculpar enormes delitos y otros excesos, pronunciando informes de esos que tienen mucho de *informes*, ó para soltar alguno de esos otros anodinos, llenos de textos latinos y leyes del año uno, proponiendo que se mande á presidio á un desgraciado, por robar un pan, tasado en menos de un perro-grande.

Acaso es una delicia ser abogado, y un gusto; quizá nunca el sino injusto es con el que *hace* justicia, á quien nadie criticar puede si comete entuertos, pues si incurre en desaciertos, ese es su deber: fallar.

Quizá sea la citada, carrera que á nadie aburre; quizá en estrados, transcurre la vida muy descansada, y, por causas que yo ignoro, ejercer tal profesión

es por toda ocupación, retirarse... por el foro.

El caso es, lector, que hoy día, como antes hice notar, todo el que puede estudiar estudia la abogacía.

¿Es que, al abogado, engorro no puede haber que le inquiete? ¿es que es vivir de birrete vivir de gorra con gorro? ¿Es que donde quiera abiertas las puertas tiene el letrado, y es el Derecho empleado como derecho de puertas?

Nunca supe, por desdicha, qué impulsos á tal obliguen; solo sé que todos siguen la carrera susodicha. Sé que no hay chicos decentes que no la sigan y sé que hay más abogados que pleitistas y delincuentes; que hay muchos que en la carrera hacen el papel del cero, los cuales citan un Fuero y es preciso gritar: «¡fuera!»; que á algunos hay que evitarlos cuando charlan, y en lugar de mandarlos abogar á bogar hay que mandarlos, y que los hay «incipientes», que de tal modo peroran, que si se levantan y oran, hay que orar por los oyentes.

No hay persona á quien no em-oir á algunos osados, [pache que deben ser abogados...

con la *δ* trocada en *h*, ó á otros tan descomedidos, que al tribunal mil ofensas dirigen, y sus defensas pierden á los defendidos...

Desconocer me incomoda la causa de esta afición... ¡Quizás tal inclinación sea puesta por la moda!.. ¡Lector, ya está averiguado! Por indagar no te inquietes... ¡En moda están los bufetes cual los *bufos* lo han estado!.. No hace falta que me explique. Quien formar parte desea de una Sala, siquier sea en calidad de tabique, no demuestra que la toga constituye su man'ia; no va tras la abogacía: lo que el tal busca es la boga.

Esa carrera es, en mi pobre y humilde manera de entender, una carrera de caballos, ó algo así. Ambas deben al influjo de la moda su importancia, y ambas no son, en substancia, más que carreras de lujo.

Quizá, estimado lector, pienses: ¿Y por qué seguir esa carrera, adquirir pudiéndose otra mejor? Porque es carrera muy útil: ya todo explicado está... ¡Siempre á los ricos les dá por lo superfluo y lo inútil!..

FERNANDO SEGURA

## UN HILITO DE AGUA



I.  
ste cuento no es mío; es decir, es mío, porque yo le cuento, y será vuestro en cuanto yo le haya contado; pero en fin, no es de mi invención. Es un *sucedido*, como dicen las buenas viejas, doctoras en esto de cuentos y más que doctoras en lo otro de chismes.

Me refirió sus aventuras un arroyo que descubrí un día cerca de un árbol donde acostumbran á picotear una gallina y sus pollitos, piando éstos como un grupo de chicos y cacareando aquella con la gravedad de quien alecciona ó reprende. El arroyo venía de más allá de la última pradera que, teñida de verde, se divisaba lejana.

Era el tal ruidoso y alegre como un sonajero, luciente como una plata y más fresco que la nieve. Tuvo su nacimiento de un hilito de agua formado

gota á gota por las desprendidas de una peña altísima; de allí corrió á esconderse en una hondoradita del terreno, y de allí partió, delgado al principio, pero engruesando insensiblemente después. Y vedle cómo así bajó precipitado de la sierra á correr el mundo ¡el pobre aventurero!

¡Qué grata libertad! Pequeño, se deslizaba bonitamente por el suelo dando vuelta á los grandes obstáculos y saltando sobre los despreciables. Así como los carteros entran y salen en todas partes, volviendo siempre á su camino, nuestro arroyo, unas veces ocultándose bajo las zarzas, otras libre por la llanura, ya á la derecha, ya á la izquierda, seguía sin interrumpir su marcha campo adelante.

De arroyos se cuenta que empezaron por menos, y á fuerza de buscar aquí, recibir allá, se han hecho ríos formales, y de algunos sé yo que llegaron á ríos, donde se deslizan grandes barcos como en el mar; pero no me esperaba que el arroyo de mi cuento lograra tal fortuna. Su caudal era escaso y sus gastos excesivos. Algunos labradores, hortelanos y jardineros, por cuyas posesiones pasaba, abrían en él brecha á veces y por ellas escapaba el agua, dejando el arroyo flaco, flaco, casi como cuando na-



ció; los pájaros le asediaban por todas partes; los ganados que le encontraban á su paso refrescaban en él, y hasta las flores, que hundían en las aguas sus corolas con suavidad aduladora, sorbían por la raíz sendos tragos del arroyo.

Considerando esto, movía yo de un lado á otro la cabeza en señal de duda, y murmuraba tristemente:

—No llegarás á río; no tendrás mucho tiempo agua; y dirigí al arroyo una mirada de compasión.

Entonces fué cuando, echándola el arroyuelo de río de importancia, *sacó el pecho á fuera y habló... de esta manera*. Fué y dijo: «Mire usted, no necesito compasión, que aquí donde usted me ve, tengo las pretensiones de hacer un buen papel; no quiero decir que haya de trabajar en la elaboración de este producto, aunque esto no me deshonraría, he querido decir que haré gran figura en el mundo; puedo verme en los mapas y en la historia y quizá utilice mi caudal el comercio de mi país; por esto me afano yo á crecer y trabajar.

A usted le asombran cosas de poca importancia; lo que los pájaros y las flores beben en mí, no soy tan avaro que lo eche de menos; una buena lluvia, la inesperada herencia de una *crecida*, me devuelven con *creces* cuanto regalo. La azada que me hace sangrías es más útil para mí, de lo que usted se figura: sin ella no podría vivir, que no siendo útil no se vive bien en el mundo; y si no, tenga usted paciencia y acompáñeme un rato en mi camino.»

Y dicho esto, siguió murmurando entre sus guijas y pedruscos, como una persona mal humorada habla entre dientes.

## II.

La mañana era hermosísima; doraba el sol los tejados de modo que nadie hubiera dicho que aquellas eran las casas pequeñas y pobres de una aldea; más bien eran de oro que de otra cosa.

Corría un fresco agradable, y desde un alto cerroto se veía todo el valle humedecido por el rocío, luciente por el sol y matizado de mil colores: el dorado de los trigos, el verde de los prados, el negro del barbecho, el rojo de algunas tierras, el gris de otras; de modo que la extensión parecía una paleta con sus tintas frescas y preparadas para pintar. ¡Y qué de ruidos se escuchaban! Pájaros que pasaban cantando, las voces lejanas de algún campesino que hablaba á distancia con un camarada, y ese alboroto de disputa que arrían los gallos dándose el quien vive de corral á corral.

Puesta la mano sobre los ojos, por librarlos del sol, inspeccionaba el paisaje con el intento de descubrir el arroyuelo.

Halléle por fin. Como un cintillo de plata brillaba sobre el campo; veíale entrar en una huerta y salir al poco rato de ella; sorbiase las fuentecillas que encontraba al paso y luego de regar en algunos puntos, recogía el agua de otros arroyuelos, el canal de desagüe de algunos pilones, y en breve, le ví más enriquecido, haciéndose visible en un llano y dando vueltas y revueltas no lejos de un estanque.

Prosperaba, en efecto; los servicios que prestaba le eran bien pagados, y como todo el mundo parecía tener interés en conservarle, luego de aprovechar

sus servicios le volvían á su dirección, enriqueciéndole constantemente con el sobrante del riego y el tributo de otros cordones de agua. Pero al seguirle con la vista, descubrí que más lejos menguaba de volumen y se ocultaba bajo la cerca de un huerto.

No habían sido engañosos mis presentimientos; por más que esperé é investigué, no ví salir de allí mi querido arroyo.

Viéndose pobre, dió impaciente en buscar agua prestada por todos los lados, y habiendo descubierto una abertura negra en el suelo, se dirigió á ella, se asomó al borde, vió en el fondo una gran cantidad de agua y se precipitó aturdido al fondo.

Allí se hundió. Ya no llevaría de prado en prado la alegría y la riqueza; había cesado su vida de aventuras; no se enriquecería momentáneamente para enriquecerse despues; no sería ya más la rica vena del riego de las huertas pequeñas y de los pequeños jardines; no llegaría á ser arroyo crecido, ni riachuelo, ni río, ni río navegable... sino el agua cenagosa, alimento de sabandijas hediondas.

De allí no salió; aquello era un pozo pantanoso. ¡Allí murió el arroyo de la montaña!

Había confiado demasiado en sus fuerzas; pensó, sin duda, que le sería fácil entrar, apoderarse de aquel agua y continuar su camino; ¡imposible! el pecinal era hondo, el agua escasa; en breve algunas charcas aquí y acullá dejaban la huella del paso del arroyo. Este había sido tragado por el sediento y negro, por el inmundo pozo.

Cayó en lo oscuro y mudo de una boca siempre abierta, nunca saciada.

## III.

Se me han quitado las ganas de reir, porque esto me lleva á más tristes pensamientos.

Hombre á hombre, como esfuerzo por esfuerzo, en evolución constante, nace la riqueza, va, viene, mengua, crece, engendra, vive, sustenta y nutre, se reparte, aumenta y llega á labrar la prosperidad nacional.

Pero, á veces, en lo más escondido, en lo apartado, se hunde en un abismo abierto y profundo, péfido, oscuro; pensó cobrar fuerzas el rico cordón de la riqueza fecunda y viva, pero ese antro donde están los monstruos del monopolio, del expolio, del privilegio, la red infame de leyes inicuas que tejen criaturas monstruosas, ese pozo es la usura, muerte de la riqueza.

En estas sorpresas infames caen inocentes los más ricos y puros arroyuelos de la montaña.

He aquí contadas las aventuras de un hilito de agua. Lo último que he dicho no es cuento, pero es verdad.

JOSÉ ZAHONERO.





GALERÍA ARTÍSTICA, POR ESCALER





## LA DIOSA POLÍTICA

(DIÁLOGO TOMADO AL VUELO.)

—Si hemos de hablar en confiesa, querido Blas, [ciencia, que aquí todo está en la más espantosa decadencia.

—En eso tienes razón:

la hermosa tierra española camina siempre á la cola de la civilización.

Muchas veces he buscado la causa de este suceso, y, francamente, confieso que encontrarla no he logrado.

Yo no adivino por qué nos hallamos siempre mal, y nuestro nivel moral tan rebajado se vé.

¿No es cuna la patria mía de innumerables talentos?

¿No tenemos elementos que cualquiera envidiaría?

—Pues yo veo una razón.

—¿Cuál es?

—La más poderosa. Hay en España una Diosa, con tal fuerza de atracción, que nos turba y nos fascina con sus seductoras artes, y que lleva á todas partes su influencia peregrina.

Jamás de libre blasona quien á ella se dedicó, ni hay un asunto en que no se cuente con su persona.

Se hace cuanto ella desea, su influencia es decisiva, se debe á su iniciativa todo lo que nos rodea; y tanto puede lograr, que está ya fuera de duda, que quien á ella no acuda no consigue prosperar.

Es ligera y aturdida, es voluble y caprichosa, y sin embargo, no hay Diosa que sea tan atendida.

Desfilan por sus salones los hombres más eminentes, é inclinan las altas frentes para merecer sus dones.

El artista, el inventor, el industrial, el letrado, el médico, el empleado, el militar y el autor, todos trabajan con prisa por ver si la Diosa amada les dispensa una mirada, les otorga una sonrisa. Y ha llegado á tal exceso

su importancia colosal, que este dominio infernal es rémora del progreso.

Quizá acabe su influencia, quizá esté cerca su ocaso, y de fracaso en fracaso llegue hasta la decadencia; pero mientras la ambición —que también tiene otros nom-

bres,— siga ejerciendo en los hombres tan grata fascinación;

y mientras tienda sus redes con astucia esta señora y sea dispensadora de gracias y de mercedes, convéncete, caro Blas: nunca adelantar podremos; al contrario, siempre iremos, como el cangrejo, hacia atrás.

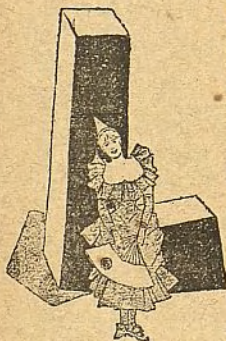
—Encuentro justa tu crítica; pero... ¿quién es esa dama? ¿Dónde está? ¿cómo se llama?

—Pues es... la Diosa Política.

—¡Verdad desconsoladora! Si, en tus ideas abundo; que en España, antes y ahora, al hablar de esa señora, ¡boca abaje todo el mundo!

GABRIEL MERINO.

## CLARO DE LUNA



levaba bien su nombre de guerra el abate Marignán. Era un gran sacerdote, delgado, fanático, de espíritu exaltado, pero recto. Todas sus creencias eran fijas, y no oscilaban jamás. Creía sinceramente conocer á su Dios, penetrar sus designios, su voluntad, sus intenciones.

Cuando se paseaba á grandes pasos por el patio de su campestre casa parroquial, se preguntaba á veces: «¿Por qué Dios ha hecho eso?» Y colocándose en el lugar de Dios, buscaba obstinadamente la causa, y nunca dejaba de encontrarla. No era él de los que murmuran en momentos de piadosa humildad: «Señor, vuestros designios son impenetrables.» Lo que él decía, era: «Soy el servidor de Dios, debo conocer las razones que le determinan á obrar en tal sentido, y si no las conozco debo

adivinarlas.» Todo le parecía creado en la naturaleza con lógica absoluta y admirable. Los «¿Por qué?» y los «Porque...» se contrapesaban siempre. La aurora había sido hecha para alegrar el renacimiento á la vida de la actividad, después de un continuado sueño; los días, para madurar las mieses; la lluvia, para regarlas; las tardes para preparar el sueño, y las sombrías noches para dormir.

Las cuatro estaciones correspondían perfectamente á las necesidades de la agricultura; y nunca había sospechado que la naturaleza carece de intenciones y que todo lo que vive está sujeto á las duras necesidades de las épocas, los climas y la materia.

Pero odiaba á la mujer, la odiaba inconscientemente y la menospreciaba por instinto. Repetía con frecuencia las palabras de Cristo: «Mujer, ¿qué hay de común entre tú y yo?» y añadía: «Diríase que el mismo Dios se hallaba descontento de esta obra suya.» La mujer era para él el niño doce veces impuro de que habla el poeta. Era el tentador que había arrastrado al primer hombre y que continuaba siempre su obra de condenación, el sér débil, peligroso, misterioso. Y más que á su cuerpo de perdition odiaba su alma cariñosa.

Frecuentemente se había sentido rodeado de los cuidados y ternuras femeniles, y aunque se había



sentido fuerte é inexpugnable, preocupábale á menudo esa constante necesidad de amar que agita el corazón de la mujer.

—Dios—solía decir el padre Marignán—solo ha creado á la mujer para tentar y probar al hombre. Sólo es dable presentarse á ella con precauciones defensivas, y con el temor de un lazo. Es una peligrosa trampa, con sus brazos tendidos y sus labios abiertos hácia el hombre.

No era indulgente más que con las religiosas, á quienes su voto hacía inofensivas; pero las trataba duramente, porque sentía vibrar en el fondo de su encadenado corazón esa ternura infinita que llegaba hasta él, aun siendo sacerdote.

Tenía una sobrina que vivía con su madre en un casita vecina. Se había empeñado en hacer de esta sobrina una hermana de la Caridad.

Era una moza bonita, ligera de cascos y burlona. Cuando el abate la regañaba, se reía, y cuando se enojaba con ella, le abrazaba con vehemencia estrechándole contra su corazón, mientras el bueno del abate procuraba desasirse de ese lazo, que le hacía experimentar, sin embargo, una dulce alegría, despertando en su interior ese noble sentimiento de paternidad que late en todo hombre.

Frecuentemente le hablaba de Dios, mientras paseaban por el campo; pero ella, sin escucharle, miraba el cielo, las yerbas, las flores, con un placer que se retrataba en sus ojos. Algunas veces se lanzaba tras una mariposa para atraparla, y exclamaba al traerla: «¡Mira, tío, qué bonita es! ¡Tengo ganas de abrazarla!» Y esa necesidad de abrazar las mariposas ó las flores, inquietaba, irritaba, sublevaba al cura, que veía en ella esa inagotable ternura, siempre arraigada en el corazón de la mujer.

Un día la esposa del sacristán y ama de llaves del cura le dijo con muchas precauciones que la chica tenía un novio.

El abate sintió una gran emoción de disgusto, y permaneció sofocado; con la cara enjabonada, porque había empezado á afeitarse.

Cuando se halló en estado de reflexionar y hablar, exclamó: «¡Eso no es cierto! ¡no es cierto!»

Pero la pobre mujer, con la mano puesta sobre el corazón, replicó: «Que Nuestro Señor me juzgue, si miento, señor cura. Os afirmo que va todas las noches á charlar con él á orillas del río; podeis ir á verlos entre diez y doce.»

El cura dejó de afeitarse y empezó á pasearse precipitadamente, como acostumbra en sus horas de meditación. Cuando quiso continuar su tarea, se hirió tres veces con la navaja, en el corto espacio que había de la nariz á la oreja.

Todo el día estuvo mudo, lleno de indignación y cólera. A su furor de sacerdote contra el invencible amor, se añadía una exasperación de padre moral, de tutor, de pastor de almas, engañado, robado, burlado por una niña; sentía esa sofocación egoísta de los padres á quienes su hija anuncia que ha hecho sin ellos y á pesar de ellos elección de esposo.

Después de la comida, quiso leer un poco, pero no pudo conseguirlo, y se exasperaba cada vez más. Cuando dieron las diez, tomó su bastón, un formidable bastón de encina, del que se servía siempre cuando salía de noche á ver algún enfermo.

Y miró sonriendo la terrible macana, que con su sólido puño de campesino hacía girar en molinetes amenazadores. Luego se levantó de pronto, rechinando los dientes, y alzando el formidable garrote, lo dejó caer sobre una silla cuya espalda destrozada cayó por el suelo.

Abrió la puerta para salir; pero se detuvo en el dintel, sorprendido por el más admirable claro de luna que había visto en toda su vida.

Y como estaba dotado de un espíritu impresionable, uno de esos espíritus que debían tener los Padres de la Iglesia, esos poetas soñadores, se sintió repentinamente distraído, conmovido por la grandiosa y serena belleza de la noche.

En su jardincillo, bañado de dulce luz, los árboles frutales, sembrados en línea, dibujaban con la sombra sus miembros de madera apenas vestidos de verdura, mientras que la gigante madre selva, trepando por el muro de la casa, exhalaba efluvios de liciosos y como azucarados, y hacía flotar en la tibia y clara noche una especie de alma perfumada.

Empezó á respirar á sus anchas, bebiendo aire como los borrachos vino; caminaba á pasos lentos, encantado, maravillado, casi olvidando á su sobrina.

Una vez en el campo, se detuvo para contemplar toda la llanura inundada de aquella luz cariñosa, anegada en ese tierno y languidísimo encanto de las noches serenas. A cada instante lanzaban los sapos al espacio su nota breve y metálica, y lejanos ruiseñores mezclaban su música graneada, que hace soñar sin dar paso á la meditación, su música ligera y vibrante, hecha para los besos, á la seducción de un claro de luna.

El abate continuó su marcha con el corazón desfallecido sin saber por qué. Se sentía debilitado, agotado repentinamente. Tenía ganas de sentarse, de arrodillarse para contemplar y admirar á Dios en sus obras.

A lo lejos, siguiendo las ondulaciones del riachuelo, serpenteaba una línea de álamos. Un vapor blanquecino, que los rayos de luna atravesaban y hacían brillar, permanecía suspendido alrededor y por encima del río, y envolvía todo el curso tortuoso del agua en una sábana ligera y transparente.

El sacerdote se detuvo una vez más, invadido hasta el fondo de su alma por un enternecimiento grande, irresistible.

Y una duda, una vaga inquietud se iba apoderando de su espíritu, y sentía erguirse ante él una de esas preguntas que á veces se hacía.

¿Por qué Dios había hecho aquello? Puesto que la noche está destinada al sueño, á la inconsciencia, al reposo, al olvido de todo, ¿por qué hacerla más encantadora que el día, más dulce que las auroras y las tardes, y por qué ese lento astro seductor, más poético que el sol, y que parece destinado por su discreción á iluminar cosas harto misteriosas y delicadas para la luz del día, daba á las sombras de la noche tan dulce y encantadora transparencia?

¿Por qué la más hábil de las aves canoras no reposaba como las demás y vocalizaba con entusiasmo en medio de la grata penumbra?

¿Por qué ese semi-velo lanzado sobre el mundo? ¿Por qué esos estremecimientos de corazón, esa



ASÍ VA TODO, POR M. GONZALEZ



Uno que estudia derecho



Un vista de Aduanas



Un gastador que no tiene un real



Y un tal Fernando, á quien le achacan poseer una magnífica calle en Barcelona.



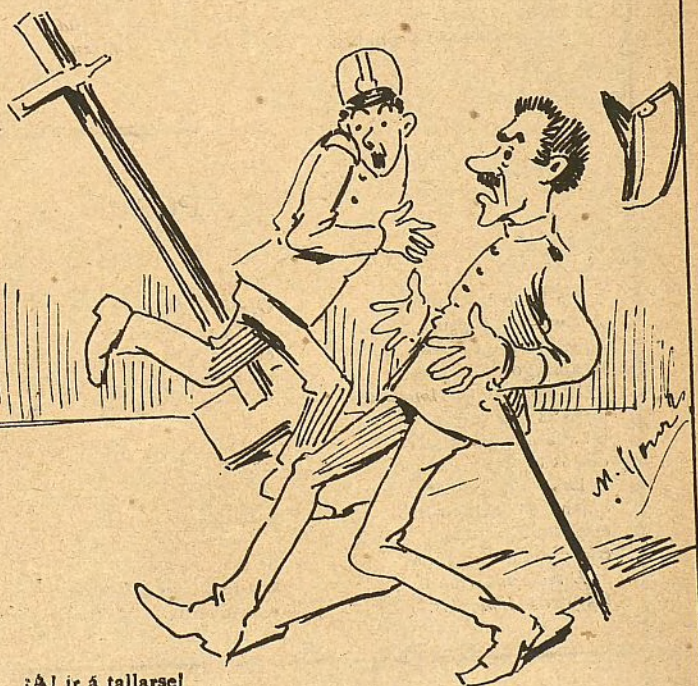
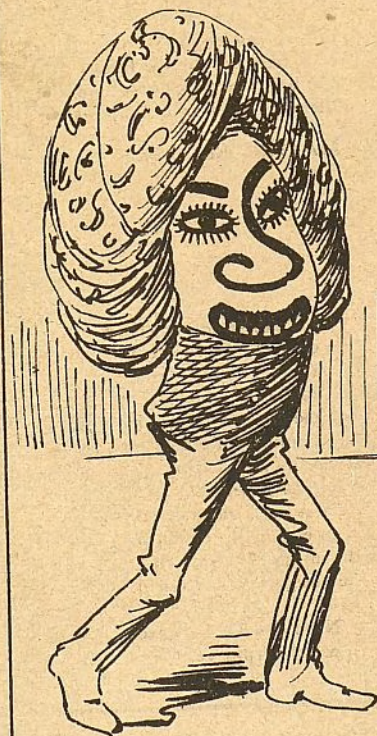
UN FENÓMENO, POR M. GONZALEZ



—¿Que no voy á librarme del servicio militar?



—¡Vaya si me libro!



¡A! ir á tallarse!



emoción del alma, ese languidecer de la carne?

¿Por qué desplegar tantas seducciones, que los hombres no habían de ver, puesto que se hallaban entregados al sueño? ¿A quién se destinaba ese espectáculo sublime, esa riqueza de poesía lanzada desde el cielo sobre la tierra?

Y el abate no lo comprendía.

Pero hé aquí que á lo lejos, en el límite de la pradera, bajo la bóveda de los árboles impregnada de luciente bruma, aparecieron dos sombras caminando una al lado de la otra.

El hombre era más alto y rodeaba con su brazo el cuello de su amiga, á quien besaba en la frente muy á menudo.

La presencia de estos dos seres animó repentinamente aquel inmóvil paisaje que los envolvía como un divino marco hecho para ellos. Parecían constituir un solo sér, el sér á quien se destinaba aquella noche silenciosa y apacible; y se dirigían hácia el sacerdote, como una respuesta viviente dada por el gran Maestro á la pregunta del Padre Marignan.

Este permaneció de pié, con el corazón palpitante, estupefacto. Creía ver algo bíblico semejante á los amores de Ruth y Booz, el cumplimiento de una voluntad del Señor en una de esas grandes decoraciones de que hablan los libros Sagrados. En su cerebro empezaron á bullir los versículos del Cantar de los Cantares, los gritos de ardoroso entusiasmo, toda la cálida poesía de este poema que arde en ternura y voluptuosidad.

Y se dijo: «Quizás Dios ha hecho estas noches para velar idealmente los amores de los hombres.»

Y retrocedió ante la enlazada pareja que continuaba su camino. Era, sin embargo, su sobrina; pero ahora se preguntaba el abate si no iba á desobedecer á Dios. «Si Dios no permitiera el amor, ¿para qué había de rodearlo visiblemente de semejantes esplendores?»

Y huyó, loco, casi avergonzado, como si hubiera penetrado en un templo en el que no tenía derecho á entrar...

GUY DE MAUPASSANT.

## LA COMEDIA ETERNA

Hoy el arte está perdido:  
el teatro va en decadencia,  
porque al entrar la indecencia  
la musa casta ha salido.  
Ya no se encuentra un autor  
que buenas obras presente;  
ni quien se las represente,  
no hay ni una actriz ni un actor.  
Eso dicen; también yo  
repetí lo mismo iluso!  
pero por fin Dios dispuso  
que me probases que no.

Actores buenos no habrá;

sobre ese punto no insisto,  
¡pero actrices! ¡Jesucristo!  
¡faltarnos actrices! ¡Quía!  
Tu me fingiste un amor  
que nunca, nunca has sentido  
y necio, en él he creído  
pues mientes con tal primor  
y tanto el ingenio aguzas,  
que eres un enigma ¡cáscara!  
y tu rostro es una máscara  
y con tus escaramuzas  
y con tu cara forrada  
y con tu poca aprensión,

tienes en toda ocasión  
la victoria asegurada.

Y si el arte del actor  
consiste sólo en fingir  
que se siente, sin sentir,  
¿quién podrá hacerlo mejor  
que tú, digna descendiente  
de Eva, una primera dama  
protagonista de un drama  
que le apuntó la serpiente?  
Por eso sostengo, y eres  
tú la base en que me fundo,  
que habrá actrices en el mundo  
mientras haya en él mujeres.

MARTIN DEL VALLE

## POSITIVAS

I.  
En buen hora titulen  
Doloras sus poesías  
aquellos que retratan  
lo amargo de la vida.

El nombre de *Amorosas*  
deles el que suspira  
tal vez por quien se ríe  
de sus coplas malditas.

Las llame Anacreónticas  
quien de continuo liba  
el zumo de la uva  
con dosis de fuschina.

*Divagaciones* unos,  
los otros *Armonías*,

y aquellos más poéticos  
*Gemidos de una lira*.

En tanto, yo que cifro  
en lo *real* mi dicha,  
no andando por las ramas,  
las llamo *Positivas*.

II.  
¿Qué me importa que obtenga  
Sagasta un gran triunfo,  
y en bestias se conviertan  
los hijos de Ataulfo?

¿Qué me importa que el *mons.*  
de celos iracundo, *[truo,*  
se tire de las greñas  
y se muerda los puños?

¿Qué me vá ni me viene  
que cien Obispos juntos  
declaren que es el Papa  
infalible en el mundo?

¿Qué me han de dar Perales,  
Salmerones y Turcos,  
Romeritos y Hotentotes,  
Scevolas y Brutos?

Pues mientras salud tenga  
y en el bolsillo un duro,  
de su ambición me río,  
de sus *glorias* me burlo.

III.  
No creas no, Pancracia,  
si á Policarpo ves



alicaído y triste,  
te sea el pobre infiel.

No te acojogen celos  
ni te hagan padecer  
sospechas infundadas,  
gotas de amarga hiel.

¡Te quiere y te requiere!  
¡vive por tu querer!  
¡muere por tus pedazos!  
¡alienta por tu bien!

Otra causa motiva  
su extrema palidez,  
su aire melancólico,  
y su aflicción también.

¡Quieres que te la diga?  
Pues, hija, ¡has de saber  
que el infeliz no tiene  
ni un real para café!

## IV.

¡Ingrata, más que ingrata!  
no es justo que maltrates

á quien mil sacrificios  
hizo por obsequiarte.

Por ti bebi los vientos,  
bebida repugnante,  
pues que los vientos traen  
microbios á millares.

Por ti, hecho un bolonio,  
corri de calle en calle,  
cual si fuera tu sombra  
sivando el quilo á mares.

Por ti perdi los cursos,  
por ti le debo al sastre,  
por ti empené la capa  
y estoy hecho un pelambre.

En fin por ti traidora  
¡si tienes alma pásmate!  
¡vendi por tres pesetas  
á Lopez y á Cervantes!

## V.

¡Pulsa tu lira, bardo!

¡mil armonias broten  
de sus flébiles cuerdas  
que himnos de amor entonen!

¡Pulsa tu lira, bardo,  
si quieres que de flores  
las ninfas del Parnaso  
tu noble sien coronen!

¡Pulsa tu lira, bardo!  
No se por qué te escondes  
y en paz la lira dejas;  
¿no escuchas mis clamores?

¡Pulsa tu lira!... — ¡Calla!  
no te molestes, hombre  
¿ignoras que no puedo  
andar con pulsaciones?

¿Por qué por qué motivo?  
— ¡Del frio los rigores  
han llenado mis dedos  
de horribles sabañones!

JOSÉ M.<sup>a</sup> CODOLOSA.



El día de la llegada de Sagasta, perdió Peris Mencheta, el simpático director de *El Noticiero Universal*, una cartera conteniendo valores.

Claro que sentimos el percance.

Pero, sintiéndolo y todo, no podemos menos de hacer notar un detalle.

Y es que á la llegada del ex-presidente del Consejo, habia dos personas en la Estación que habian perdido sus carteras.

Peris Mencheta... y *el propio* Sagasta.

Los cuales andan haciendo lo posible por volver á encontrarlas.

\*\*\*

LIBROS.—*El secreto* es el título del último libro de Salvador Rueda, hermoso é interesante como todos los suyos. No digo á Vdes. que lo adquieran, porque si son personas de gusto, á estas horas ya lo habrán comprado.

*Vida moderna*, colección de artículos del celebrado redactor de *El Resumen*, D. Carlos Ossorio y Gallardo, con dibujos de Pedrero, Pons, Plasencia, etc.

¡Hasta hace cinco días no hemos recibido este libro, que es *el tercero* que nos manda su ilustrado autor! Las dos primeros se quedaron por el camino. La edición es lindísima y digna de la bondad del texto; con lo cual queda hecho su elogio. Precio 3 pesetas.

*Azotes y Galeras*, colección de artículos de Mariano de Cavia, con excelentes ilustraciones de Pons: 5 pesetas.

En las oficinas de esta administración hace falta un meritorio. Razón, los días laborables de 2 á 4 tarde.

✱

*La Dinastía*, regodeándose:

«Por ataques á la religión, ha sido denunciado el periódico *Las Dominicales del Libre Pensamiento*.

Traslado al *Correo Catalán*.»

No señora: no se dice: Traslado al «*Correo Catalán*».

Se dice: «Lo sentimos».

Aun cuando no lo sientan Vdes.

Entre otras razones, porque así lo manda el compañerismo y la buena educación.

## Cuadro de honor

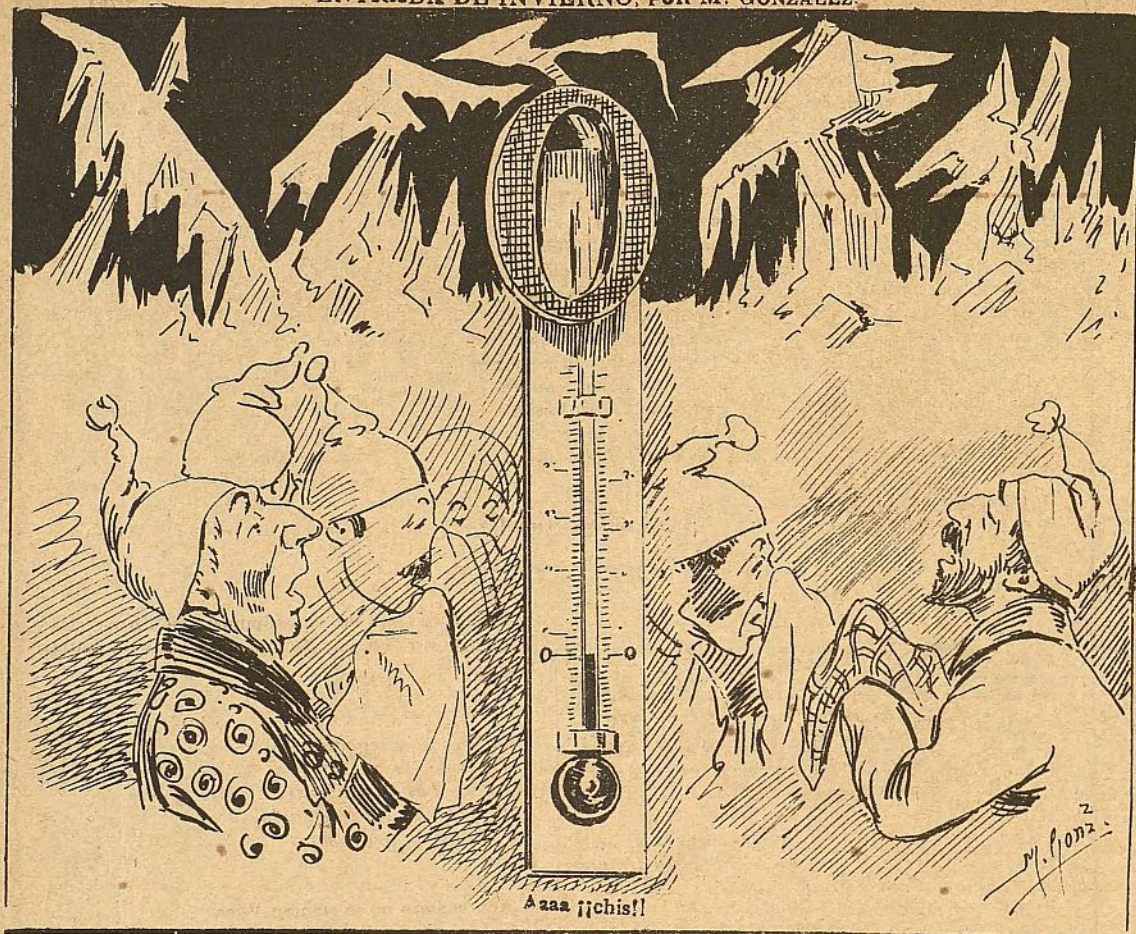
### CORRESPONSALES

#### que nos deben y no nos pagan

	Ptas.
D. Ignacio Guerola, de Valencia	261
» P. García de Valladolid, de Murcia	152'68
» Severino Valdés, de Gijón	105'50
» Pedro Arnaez, de Ávila	106'80
» Ramón Pérez, de Alcoy	50'38
» E. Araujo Bodero, de Lugo	64'50
» J. Julián, de Almería	30
» Juan J. del Aguila, de Vigo	46
» Manuel Garrigós, de Murcia	65'40
» Constantino Vilasau, de Palafrugell	
» Miguel Escobedo, de Novelda	19,62
» Santiago Pérez, de Cáceres	18

TOTAL... Pesetas 919'88





## ANUNCIO

**PRONTO VA A ENTRAR EN PRENSA**

EL

### Almanaque de "La Semana Cómica"

PARA 1891

Un precioso libro de más de 100 páginas, con cubiertas á 4 colores, y dibujos de Apeles Mestres, Carrasco, Cilla, Cuchy, Escaler, Lago, Luque, Mecachis, Melitón Gonzalez, Moya, Pahissa, Pellicer, Planas, Pons y Vazquez. Texto de Almodobar, Vital Aza, Campoamor, Ricardo J. Catarineu, Sinesio Delgado, J. Feliu y Codina, Angel Guimerá, J. Lopez Silva, Emilio de Motta, Narciso Oller, Manuel del Palacio, J. Perez Zúñiga, Jacinto Octavio Picón, A. Sanchez Perez, Fernando Segura, Federico Soler (*Pitarra*), F. Urrecha, J. Ixart, José Zahonero y otros, cuyos originales se van recibiendo.

**Precio: 2 reales.**

Ayuntamiento de Madrid